

Prólogo

LYDIA JIMÉNEZ

*Vicepresidente de la Fundación Universitaria Española
Directora del Seminario de Pensamiento “Ángel González Álvarez”*

Se acaba de cumplir el quincuagésimo aniversario de un histórico y gozoso hito de la Iglesia Católica, cuando el Papa San Pablo VI proclamó a Santa Teresa la primera mujer Doctora de la Iglesia el 27 de septiembre de 1970. Y qué mejor ocasión para organizar desde el Seminario de pensamiento “Ángel González Álvarez” una publicación dedicada a esta mujer excepcional, para dejarnos engolosinar de nuevo por las enseñanzas de nuestra santa universal, “*la más mujer de las santas y la más santa de las mujeres*”, como se ha dicho.

Su figura se centra en una época gloriosa de santos, a los que escucha con humildad de discípula, de los que aprende pero también sabe juzgarlos como una gran maestra de vida espiritual, como está escrito en una de las dos imágenes que de ella existen en el Vaticano, a la entrada principal de la basílica de San Pedro, “*mater*

spiritualium”¹. En estos momentos, ¡cómo resuenan sus palabras, casi como un clamor! “[...] en estos tiempos [...] son menester amigos fuertes de Dios para sustentar los flacos.”²

Los “*amigos fuertes*” de hoy necesitan la misma determinación que ella tenía: “*una determinada determinación*”, como apreciamos al leer por ejemplo el libro de las *Fundaciones*: “*A lo que ahora me acuerdo nunca dejé fundación por miedo del trabajo, aunque de los caminos, en especial largos, sentía gran contradicción; mas en comenzándolos a andar, me parecía poco viendo en servicio de quién se hacía [...] no sé qué trabajos, por grandes que fuesen, se habían de temer a truco de tan gran bien para la cristiandad*”.³

Muchos hemos oído ya hablar de esta “*determinada determinación*” teresiana, con que ella recomienda ir por el camino de la oración y de la vida:

“[...] importa mucho, y el todo, [...] una muy grande y determinada determinación de no parar hasta llegar [al fin], venga lo que viniere, suceda lo que sucediere, trabájese lo que se trabajare, murmure quien murmurare, siquiera llegue allá, siquiera me muera en el camino o no tenga corazón para los trabajos que hay en él, siquiera se hunda el mundo [...]”⁴

¹ Esta escultura de 1754 es debida a Filippo della Valle (1698-1768), que recoge algunos motivos iconográficos desde el primer retrato para el Carmelo de Sevilla en 1576 realizado por orden del P. Gracián (cf. María Rodríguez Velasco, “Comentario iconográfico” en *Santa Teresa. Documentos papales*. Fundación Universitaria Española, Madrid 2015, pp.17-19, aquí 17).

² SANTA TERESA DE JESÚS, *Libro de la Vida. Obras completas*, Monte Carmelo, Burgos 2014 (17ª ed. preparada por Tomás Álvarez), 15, 5.

³ Id., *Las Fundaciones*, op. cit., 18, 5.

⁴ Id., *Camino de perfección* (ed. Valladolid), op. cit., 21, 2.

PRÓLOGO

Santa Teresa fue sin duda una mujer fuerte. Decía D. Álvaro de Mendoza, obispo de Ávila, que tanto le ayudó en la fundación de San José y en otras fundaciones: “*Juro por mi vida que algunas veces no entiendo a la Madre Teresa, pero creo en ella de todo corazón. He visto que se compromete de tal modo que consigue lo que comienza.*”

Son virtudes y actitudes que resplandecen sobre todo en su período de fundadora.

Además de su “determinada determinación”, como ya tuve ocasión de señalar en la apertura del congreso organizado por la Universidad Católica de Ávila por esta conmemoración el día justo del aniversario en Ávila, Santa Teresa era tremendamente positiva, nada victimista, alegre, con gran sentido del humor. Se alarmaba al ver una monja triste y miraba la melancolía como una verdadera peste en sus casas y entre los cristianos: “*Tristeza y melancolía no las quiero en casa mía*”, decía. ¿Quién no ha oído su dicho: “un santo triste es un triste santo”?

Ella, que defiende con un sano feminismo el lugar de la mujer en la Iglesia, será fidelísima y obedientísima hija de la Santa Iglesia católica. Ella nos contagie este amor y este fuego, también a través de las páginas que se recogen en este libro.

El Seminario de Pensamiento ha dedicado ya varias publicaciones a nuestra Santa, la española más universal. Con motivo del V Centenario de su nacimiento, en 2014 vio la luz *Santa Teresa al habla con el hombre de hoy. Preparando un centenario*⁵, en 2016 el libro titulado *Educación de la interioridad: tras las huellas teresianas*⁶, además de una

⁵ L. JIMÉNEZ (dir.), *Santa Teresa al habla con el hombre de hoy. Preparando un centenario*. Fundación Universitaria Española, Madrid 2014.

⁶ L. JIMÉNEZ (dir.), *Educación de la interioridad: tras las huellas teresianas*.

recopilación de los textos del Magisterio pontificio sobre nuestra santa en 2015, a cargo de José Manuel Serrano Oceja⁷.

En este volumen se recogen aportaciones sobre la figura de Santa Teresa desde distintos aspectos: la historia secular y eclesial, esta en relación con el nombramiento de una mujer como doctora, la dimensión literaria de nuestra doctora, su vivencia (y enseñanza) del camino interior del alma al encuentro con Dios y del discernimiento de las gracias que para ello Dios concede a las almas, el lugar eminente en su vida de oración de su devoción al maestro de oración por excelencia, San José, y su fecundidad maternal espiritual, fruto de esta casta unión con Dios, esposo del alma. Son trabajos valiosos para el entendimiento, y que a la vez encienden deseos y avivan la devoción, como la santa los quería.

Vivimos tiempos recios como los de la santa. Me gustaría servirme de las palabras de Joseph Ratzinger para describir cómo afrontar los tiempos, tiempos de cambios, incertidumbre y desorientación, que son un desafío para toda la Iglesia. Él describe, poco después del Concilio Vaticano II, las dos formas de entender la renovación de la Iglesia, no sin cierta ironía, sirviéndose de la experiencia de la propia Santa Teresa:

“Con la renovación de los primeros tiempos o con aquella que, por ejemplo, está unida al nombre de la gran Teresa. Antes de su conversión, Teresa tenía un convento absolutamente moderno, en el que la desfasada contrariedad de la clausura hacía tiempo que se interpretaba con miras amplias y de forma renovada, igual

Fundación Universitaria Española, Madrid 2016.

⁷ Ya mencionada arriba *Santa Teresa. Documentos papales*.

PRÓLOGO

que se recibían visitas de los seres queridos; ella tenía un convento moderno, en el que la lúgubre ascesis de la antigua regla hacía tiempo que se había sustituido por formas de vida ‘más razonables’, que correspondían mejor al sentimiento de un ser humano en la incipiente modernidad; ella tenía un convento moderno, que estaba abierto al mundo y que facilitaba un contacto amistoso desde todos los ángulos.

Pero cuando un día fue tocada interiormente por la cercanía de Cristo y cuando la realidad inexorable del Evangelio, liberado de todas las frases atenuantes, hizo acto de presencia ante su alma, ella experimentó todo aquello como una huida intolerable ante la grandeza de la auténtica misión, como una evasión ante la requerida conversión; entonces se puso en pie y se ‘convirtió’. Esto supuso para ella dejar a un lado el *aggiornamento* y procurar una renovación que no era concesión, sino reclamo exigente de abandonarse a la expropiación escatológica de Jesucristo, de dejarse expropiar ella misma por completo con el Crucificado, para ser en él consagrada radicalmente a todo el cuerpo de Cristo⁸.

Pero sin duda, y con ello concluyo, el texto que más profundamente expresa la paradoja del morir para vivir propia del misterio de la fe cristiana, que Jesús debe realizar en cada uno de sus miembros, es este en que se refiere al drama de la persona que ha recibido un carisma para el servicio de la Iglesia:

«[...] al mismo tiempo realiza la obediencia a su misión como la obediencia a la Iglesia concreta en la que la tiene que llevar a cabo. Una cosa no puede nunca conducir a sacrificar la otra, sino a sacrificarse uno a sí mismo. La obediencia a la misión no queda dis-

⁸ “El catolicismo después del Concilio”, en *Sobre la enseñanza del Concilio Vaticano II. Obras completas VII/2*, BAC, Madrid 2016, 945-967, 947.

minuida por permanecer obedientemente en la Iglesia, sino que la lleva a cumplimiento, pues sólo la segunda confirma la primera: el auténtico criterio de la persona verdaderamente carismática es el desasimiento de sí mismo, o digámoslo de forma aún más radical: el criterio del genuino carisma es la cruz, ese dejarse desgarrar entre la misión y el lugar de su realización, a causa de esa misión. Quien no está dispuesto a esto, quien antepone la integridad del yo antes que orientar la misión hacia el lugar al que pertenece, demuestra que, al fin y al cabo, le da más importancia a su yo que a la misión, y de esta forma destruye el carisma. La división procede en último término del rechazo de la cruz y del egoísmo.”⁹

Ahora bien, esta expropiación, ese vacío o pérdida de sí, que nos exige el evangelio a cualquiera que quiera ser discípulo de Cristo, ha sido experimentada por la santa como un modo real y gozosísimo de encontrar la vida verdadera:

“Cuanto más audazmente se han atrevido los hombres a perderse a sí mismos, a darse totalmente, cuanto más han aprendido a olvidarse de sí mismos, tanto mayor y más rica se ha hecho su vida (ya pensemos en Francisco de Asís, Teresa de Ávila, [...]): todos ellos son imágenes de un seguimiento que nos muestra el camino hacia la vida, porque nos muestran a Cristo. De ellos podemos aprender a elegir a Dios, a elegir a Cristo y así elegir la vida”¹⁰.

⁹ “Anotaciones sobre la cuestión de los carismas en la Iglesia” [„Bemerkungen zur Frage der Charismen in der Kirche“] [1970], en *Joseph Ratzinger Gesamelte Schriften* (JRGS) 8/1, 345-362, aquí 360 (traducción nuestra).

¹⁰ “Mirar a Cristo. La figura de Cristo reflejada en la historia de las tentaciones” [„Auf Christus schauen. Die Gestalt Christi im Spiegel der Versuchungsgeschichte“], en JRGS 6/2, 742-760, aquí 759 (traducción nuestra).

PRÓLOGO

La alegría de Teresa, que se ha dejado traspasar por el amor con que Dios la transformó, es para la Iglesia de todos los tiempos, un instrumento que revela la presencia luminosa de Cristo resucitado entre nosotros.